

La felicidad de los Katakuri.

Deconstrucción contante de lo establecido

José Ángel Domínguez Martel.

El triunfo del absurdo

El humor absurdo es tan inesperado, incoherente y disparatado que necesita una apertura de mente total y sin ningún tipo de prejuicios. *La felicidad de los Katakuri* demanda esto en su visionado. Es absurdo al límite. Un absurdo que desborda las convenciones de lo establecido, una tremenda subversión de la realidad que inunda la pantalla con cada fotograma, una deconstrucción constante del cine que provoca estupor y risa en el espectador a partes iguales.

El humor absurdo, apoyándose en su base irracional; ha sido utilizado a través de diferentes formas, estilos y vías a lo largo de la historia del audiovisual. Los pioneros en este tipo de humor fueron el grupo británico Monty Python. Su serie para la BBC *El circo ambulante de los Monty Python* (1969-1974) se convirtió en todo un referente para los cómicos posteriores, así como sus incursiones en el cine en la que destacan *Los caballeros de la mesa cuadrada y sus locos seguidores* (Terry Gilliam y Terry Jones, 1975) y *La vida de Brian* (Terry Jones, 1979).

Durante el mismo período temporal, las primeras películas de Woody Allen también se caracterizan por su brillantez a la hora de usar el absurdo. Prueba de ello son *Bananas* (1971), *Todo lo que quiso saber sobre el sexo pero nunca se atrevió a preguntar* (1972) o *El dormilón* (1973).

En España, el absurdo llegó de la mano de los chanantes, capitaneados por Joaquín Reyes, con sus programas de televisión *La hora chanante* (2002-2006) para la Paramount Comedy y más tarde *Muchachada nui* (2007-2010) para la 2. En el cine nacional, el absurdo destaca con Nacho Vigalondo en *Extraterrestre* (2011). Actualmente, el absurdo más salvaje y al límite de lo grotesco prolifera en Internet de forma desmesurada, siendo *Venga Monjas* (con sus múltiples colaboraciones con Miguel Noguera) y *Canódromo Abandonado* los ejemplos más ilustrativos.

Todos estos son ejemplos del triunfo del absurdo en el panorama mundial. *La felicidad de los Katakuri* no hace otra cosa sino confirmar que el absurdo se da en todas las partes del planeta, sacando a coacción lo ilógico en las situaciones cotidianas y de esta forma, desmontar la realidad.

La exaltación de la familia

A través de este absurdo perpetuo, *La felicidad de los Katakuri* cuenta la historia de una familia japonesa, los Katakuri, que montan un albergue en una zona rural en las montañas. Todos los huéspedes que se van alojando en el hotel acaban muertos por diversas circunstancias. A partir de estos sucesos, los miembros de la familia se verán implicados en la tarea de deshacerse de los cadáveres sin que la policía los pille, y mantener así la reputación de su recién entrenado albergue.

A pesar de utilizar el humor absurdo como hilo conductor para avanzar la trama, la película es una exaltación de la familia. Es una historia sobre cómo una familia es capaz de todo para preservar su único sustento y así poder mantenerse unidos. Con ese final rematadamente absurdo, en el que logran salvar el albergue de la devastación provocada por el volcán, se muestra la moralina final: si la familia está unida, ésta es capaz de todo y puede alcanzar la felicidad.

La apoteosis de lo misceláneo

Lo más extraordinario de *La felicidad de los Katakuri* es que no tiene género concreto. Por su propia naturaleza absurda, se definiría como comedia. Pero la verdad es que la película es una mezcla de géneros usados de forma desconcertante.

La película cuenta con canciones y números musicales que tienen referencias tanto en el cine clásico musical de Hollywood tipo *Sonrisas y Lágrimas* (Robert Wise, 1965), como en los números de baile y las coreografías del cine de Bollywood. Todo ello imbuido por la estética y montaje de los videoclips japoneses. El karaoke típico japonés y los elementos estrafalarios de la televisión japonesa también tiene cabida dentro de la película, usados una vez más para provocar la sorpresa en el espectador.

También tiene elementos del cine de terror japonés, tanto el más comercial, en el que destaca el éxito *de Ringu* (Hideo Nakata, 1998); como las historias de espíritus más clásicas, cuyo ejemplo más emblemático es *Cuentos de la luna pálida de Agosto* (Kenji Mizoguchi, 1953). Todos estos elementos se utilizan en forma de parodia, los zombis bailando en uno de los números musicales son un ejemplo más del absurdo al que el espectador es sometido.

Pero el culmen del absurdo lo pone el uso de la técnica de animación stopmotion, ya que alternan las escenas de stopmotion con las de acción real de un fotograma al siguiente sin ningún tipo de orden, desconcertando aún más al espectador. Un stopmotion que roza y en algunas ocasiones llega a lo grotesco, sobre todo en las escenas iniciales. Algo que desde el primer momento pone al espectador en la tesitura absurda de la película.

A su vez, toda la película se recubre de una estética de profunda raíz japonesa que tiene su más inmediata influencia en el manga, y sobre todo en el anime. El carácter exacerbado, extremo y excesivo del anime está presente a lo largo de la película, algo que confiere a la película de aún más originalidad si cabe.

No obstante, la influencia del anime chocará al espectador occidental que no esté acostumbrado a consumir este tipo de productos ni tenga un amplio bagaje en la cultura popular japonesa, ya que no entenderá muchas cosas a las que la película parodia o hace referencia, lo que impedirá el disfrute y gozo completo de su visionado.